

# PAN DE VIDA Y NUEVO SACERDOCIO

---



El «Pan de Vida»

El «Pan de Vida» es Dios, el propio Creador! Alimentarse con este Pan, es **introducirse a Dios y vivir uno mismo en Él**. ¿Bajo qué forma se puede alimentarse de este Pan? Jesús de Nazaret, el Mesías, no los explicó:

«Yo soy el Pan de Vida. Quién viene a mi jamás tendrá hambre. Quién cree en mi jamás tendrá sed... yo soy el Pan vivo que descendió del Cielo. Quién comerá este Pan vivirá para siempre. Y el Pan que yo daré, es mi carne para la vida del mundo. Pero los judíos discutían el uno con el otro: ¿Cómo este hombre puede darnos su carne para comer? 'Jesús les dice pues: 'Si no comen la carne del Hijo del Hombre y no beben su sangre, no tendrán la Vida en ustedes. Quién come mi carne y bebe mi sangre a la Vida eterna yo lo resucitaré en el último Día porque mi Carne es de verdad una comida y mi Sangre es de verdad una bebida. Quién come mi Carne y bebe mi Sangre **permanece en Miqueas y Yo en él...**' Después de haberle oído, muchos de sus discípulos le dijeron: ¡'Esta lengua es demasiado fuerte (exagera)!...' Jesús les dijo: ¡'Eso les escandaliza! ¡Y (entonces, qué harán) cuando verán al Hijo del Hombre subir allí donde estaba antes?! Es el Espíritu que vivifica, la carne no sirve de nada. Las palabras que les dije son espíritu y son vida. Pero es entre ustedes quienes no creen...' por lo tanto, muchos de sus discípulos se retiraron y dejaron de acompañarlo.» (Juan 6,35-66)

La defección de estos discípulos incrédulos no desalentó a Jesús; Él siguió su plan. Durante la última Comida pascual que tuvo con sus apóstoles, respondió a la pregunta que se planteaban los judíos: «Cómo este hombre puede darnos su carne que debe comerse?» En efecto, tomando el pan luego una copa llena de vino se les dio:

«Mientras comían, tomó pan y, después de haber pronunciado la bendición, lo rompió y se les dio diciendo: 'Toman y coman, **esta es mi Carne**. 'Luego, tomando una copa (de vino), dio las gracias y se les dio, y ellos la bebieron toda, y les dijo: 'Esto es mi sangre, la sangre de la Nueva Alianza que va a extenderse para una multitud para el perdón de los pecados... Háganse esto en memoria de mi'... » (Marcos 14,22-25 / Mateo 26,26-29 / Lucas 22,15-20 / 1 Corintios 11,23-25)

Jesús instituyó esta nueva Comida pascual a la víspera de su crucifixión, bajo la forma del Pan y el Vino personificando su Cuerpo y su Sangre, por lo tanto también su Alma y su Espíritu divinos. Esta Comida, en su simplicidad, decepcionó a un gran número de judíos que se esperaban una Comida mesiánica real, triunfal y tronando, en base a un ambicioso reino sionista terrestre. El profeta Óseas predijo esta decepción:

«Ni **era ni el lagar** los alimentarán, el **nuevo vino** los decepcionará.» (Óseas 9,2)

La era -dónde se batía antes el trigo- es el símbolo del Pan de Vida. El lagar - dónde se dejaba fermentar la uva en vino- es el símbolo del Vino de Vida. Aquellos quienes dan la espalda a Jesús no se alimentan ni con el producto de la era ni del lagar celestiales y se privan, por lo tanto, de la Vida eterna. Tal es el Mensaje divino de Jesús al mundo, un Mensaje siempre actual; es válido hasta el final de este mundo.

El Corán viene, a su vez, a invitar los creyentes a esta Mesa celestial:

«Los Apóstoles dijeron: 'O Jesús hijo de Maria, Tu Señor puede hacer descender **del Cielo** sobre nosotros una Mesa (servida)?'. Él dijo: 'Temen a Dios si son creyentes'. Dijeron: 'Queremos comer y tener nuestros corazones tranquilos, saber que tu nos ha dicho la verdad, y ser **los testigos** (testigos de la Mesa)'. Jesús hijo de Maria dijo: 'O Dios nuestro Señor, hace descender sobre nosotros **del Cielo una Mesa** (servida). Será para nosotros una fiesta -para **el primero y el último** de nosotros- y una Señal de Tito y manténganos (aliméntanos), Tu, el mejor mantenedor'. Dios dijo: 'La hago descender **sobre ustedes**. Entonces, aquel entre ustedes que será incrédulo después de eso, lo haré padecer un sufrimiento que no lo haré a nadie en el mundo'» (Corán V; La Mesa, 112-115).

«Los puros están en la felicidad; extendidos sobre su lecho, observan todo alrededor de ellos. Se reconoce sobre su cara el resplandor de la felicidad. Se **sacian de un vino sellado**, su sello es de almizcle y allí deben entrar en competición los candidatos. Su mezcla es el agua de Tasnîm, una fuente celestial a la cual se sacian los **cercanos de Dios**. Los criminales (los que se niegan de beber del vino) se burlaban de los que son creyentes (en este Vino sellado)... » (Corán LXXXIII; Los Defraudadores, 22-29)

(Véase nuestro texto: «**Vista de Fe sobre el Corán**», capítulo IV, artículo 3: «La Mesa Celestial»)

El Señor Jesús concede una tan alta importancia a este Pan de Vida, que Él mismo apareció a Pablo para revelarle la institución y el Contenido. No fue mediante los apóstoles que Pablo se enteró de este hecho de importancia vital, sino por el propio Señor, como lo declara a los Corintios:

«Para mi, en efecto, **recibí del Señor** lo que yo les transmito: el Señor Jesús, la noche en que fue entregado, tomado pan y, después de dar las gracias, lo rompió y dijo: 'Esto es mi Cuerpo, que es para ustedes; hagan esto en memoria de mi'. Del mismo modo, después de la Comida, tomó la copa diciendo: 'Este copa es la nueva Alianza en mi Sangre. Siempre

que beberán, hagan en memoria de mí. Cada vez, en efecto, que comen este Pan y que beben esta Copa, anuncian la muerte del Señor hasta que Él venga. Esta es la razón por la que cualquiera que come el Pan o bebe la Copa del Señor indignamente tendrá que responder del Cuerpo y la Sangre del Señor. Que cada uno pruebe a sí mismo, y que come entonces de este Pan y beba de esta Copa; ya que aquél que come y bebe, come y bebe su propia condenación, si no discierne el Cuerpo.» (1 Corintios 11,23-29)

Este Pan y este Vino celestiales iniciaron un nuevo sacerdocio que requirió una nueva generación de sacerdotes. En efecto, bajo el Torah, los sacerdotes degollaban los animales que ofrecían a continuación a Dios. Eran, hasta cierto punto, «carniceros consagrados» de un culto que, en varias ocasiones, fue denunciado explícitamente por los profetas como desagradable a Dios, fue rechazado por Él:

Salmos 51 (50), 18-19: «Porque no toma ningún placer al sacrificio, un holocausto no quiere. El sacrificio a Dios, es un espíritu roto. De un corazón roto, machacado, Dios, Tu no tienes menosprecios».

Jeremías 7,22: «No dije nada ni prescribo a sus padres cuando les hice salir del país de Egipto, por lo que se refiere al holocausto y el sacrificio», dijera a Dios.

Miqueas 6,6-8: ¿«Con que me presentaré delante de Yahvé... , con holocaustos, de los terneros de un año? ... se te hizo saber, hombre, lo que es bueno, lo que Yahvé reclama de ti: Nada que de ejercer justicia, amar la piedad y andar humildemente con tu Dios».

Óseas 6,6: Dios dice: «Es el amor que me agrada y no los sacrificios, el conocimiento de Dios más que los holocaustos».

Óseas 14,3: «Provéanse de palabras (de arrepentir) y vuelven de nuevo a Yahvé. Dijo Él: Levanta toda falta y toma lo que está bien. En vez de toros te dedicaremos nuestros labios».

Amos 5,21-24: «Odio, yo menosprecio sus fiestas ... cuando me ofrecen holocaustos, yo no los acepto, el sacrificio de sus animales grasos, no lo observo ... sino que el derecho corre como agua, y la justicia, como un torrente que no agota».

El Corán, también, le confirma la inutilidad del sacrificio de los animales y exige más bien la oración y la sumisión a Dios:

«Dios no se afecta ni por su carne ni por su sangre, pero se afecta por su piedad.» (Corán XXII; El Peregrinaje, 37)

Jesús, **por el sacrificio de su propio cuerpo**, instituyó una nueva generación de sacerdotes, construida sobre la ofrenda de su persona sobre la cruz. Para afiliarse a su sacerdocio, es necesario, no degollar y tampoco sacrificar animales, pero llegar a sacrificar sus propios defectos, degollar el egoísmo y el materialismo:

«Si alguien quiere venir en pos de mí, que rechaza a sí mismo, que carga su cruz y que me siga» (Mateo 16,24), «Vayan pues y aprenden el significado de esta palabra: ‘es la misericordia que yo deseo, no el sacrificio (de animales)’», dijo Jesús. (Mateo 9,13)

Entonces, como ya vimos, es durante la última Comida pascual que Jesús instituyó su nuevo sacerdocio, el de **la Nueva Alianza** anunciada por los profetas, en particular, por Jeremías:

«Oráculo de Yahvé: Ahí vienen los días en que concluiré con la casa de Israel y la casa de Judá una **la Nueva Alianza**, no como la Alianza que concluí con sus padres ... yo la inscribiré (esta Nueva Alianza) **en sus corazones...**» (Jeremías 31,31-34)

Esta Comida mesiánica ya fue -y proféticamente- simbolizada dos mil años antes del Mesías, por el pan y el vino ofrecido a nuestro Patriarca Abraham por Melquisedec. Éste era, a la vez, «rey y sacerdote del Dios Altísimo», sin embargo, no formaba, al mismo tiempo, parte de la familia de Abraham (Génesis 14,17-20). Por esta razón David, bajo inspiración divina, anunció, mil años antes de la llegada de Jesús, que el Mesías será, a la vez, rey y «sacerdote hasta siempre» pero «según el orden (por lo tanto no judío) de Melquisedec» (Salmo 110,1-7), y no según el orden, judío por lo tanto, de Aarón, el hermano de Moisés.

San Pablo, en su carta a los Hebreos (capítulos 5-7), explica esta revolución en el sacerdocio judío; resumió así:

«... En efecto, un cambio de sacerdocio (por Jesús) requiere también un cambio de Torah (la Ley religiosa judía).» (Hebreos 7,12)

Este cambio de sacerdocio se concretó en el Pan y el Vino de Vida ofrecido por Jesús a su Mesa mística. Los primeros Cristianos no carecían de alimentarse en la simplicidad, sin culto de ostento, sino con, por el contrario, mucho conocimiento bíblico profético relativa a la Llegada del Mesías, de fe profunda en Jesús y de amor fraternal y auténtico. Compartían este Alimento celestial alrededor de la Mesa espiritual en la intimidad de sus hogares respectivos:

«Se mostraban asiduos a la enseñanza de los apóstoles, fieles a la comunión fraternal, a **romper el Pan** (el Pan de Vida) y a las oraciones... Día tras día, con un solo corazón, frecuentaban asiduamente el Templo y **rompían el Pan** (de Vida) **en sus casas**, tomando su Alimento (espiritual) con alegría y simplicidad de corazón.» (Hechos 2,42-46)

En la época apocalíptica, en el cual ya entramos a partir de la aparición del Anticristo, este sacerdocio mesiánico, desfigurado por las iglesias tradicionales a lo largo de los siglos, se restaura para encontrar su pureza de origen, liberado de todos los ritos paganos-folclóricos. Así aparece el Corazón lleno de la fe cristiana: el Cuerpo y la Sangre del Mesías presentes en Pan y Vino, esta «Realidad que es el Cuerpo del Cristo» (Colosenses 2,17-18).

El Apocalipsis nos invita pues a restaurar el sacerdocio, tal como se practicaba por los primeros cristianos: en la simplicidad y en familia. Jesús mismo no invita:

«Aquí estoy a la puerta y yo toco; si alguien oye mi voz y abre la puerta, entraré a donde él **para cenar**, Yo con él y él conmigo.» (Apocalipsis 3,20)

«Él (*Jesús*) nos ama y nos lavó de nuestros pecados con su sangre, hizo de nosotros reyes y para su Dios y Padre (Apocalipsis 1,6)... (*Jesús*) readquiriste para Dios, al precio de tu sangre, los hombres de todas las razas, lenguas, pueblo y naciones; hiciste de ellos para nuestro Dios reyes sacerdotes que reinaban sobre la tierra.» (Apocalipsis 5,9-10)

El Apocalipsis nos invita pues a restaurar el sacerdocio de Jesús. Así pues, los sacerdotes apocalípticos son, ellos también, según el orden de Melquisedec, por lo tanto independientes, liberados de las Iglesias tradicionales, al igual que Melquisedec era independiente de la comunidad judía. Así es el Espíritu de libertad e independencia al cual nos invita el Cristo en el Apocalipsis. Jesús ya había revelado la práctica del sacerdocio apocalíptico en el Evangelio como señal de Su Vuelta:

«Sean similares a gente que espera a su Maestro **en su Vuelta**... para abrirle cuando vendrá y tocará... en verdad, yo les digo, se ceñirá, les hará **reclinarse en la Mesa** y, pasando de uno al otro, les servirá.» (Lucas 12,35-40)

Esta «Mesa» es el «Árbol de la Vida colocado en el Paraíso de Dios» y este «Maná Escondido» místico que Jesús, en el Apocalipsis, promete a Sus fieles (Apocalipsis 2:7 y 3:17). Con el fin de beneficiarse de esta Mana sagrada, es necesario creer imperativamente en la interpretación del

Libro del Apocalipsis tal como se revela por Jesús mismo en 1970 (véase nuestro texto: «[La Llave del Apocalipsis](#)»).

La invitación al sacerdocio restaurado va dirigida tanto a los hombres como a las mujeres, casados o solteros, jóvenes o ancianos. Las mujeres tienen derecho a este sacerdocio en el mismo concepto que los hombres. En el Reino de Dios inaugurado por Jesús no hay ni hombres ni mujeres; todos deben también ser niños y sacerdotes de Dios sin ninguna discriminación, que sea sexual, racial u otra. Los que privan a los hombres casados del sacerdocio y que impiden a los sacerdotes casarse son «hipócritas» condenados por Dios mismo. Este impedimento revela la necesidad de una restauración; es una de las señales evidentes del fin de los tiempos. Pablo dice, en efecto, que el Espíritu Santo condena firmemente a estos «hipócritas» que, al final del tiempo, prohibirán el matrimonio:

«**El Espíritu dice expresamente** que, en **los últimos tiempos**, algunos rechazarán la fe para dedicarse a espíritus engañosos y a doctrinas diabólicas, seducidos por mentirosos hipócritas marcados por hierro rojo en su conciencia: esta gente **prohíbe el matrimonio...**» (1 Timoteo 4,1-5)

Es necesario destacar cuatro puntos importantes en este texto:

1. Es **el Espíritu Santo** mismo, y no Pablo, que revela esta renegación de fe; y lo revela expresamente.
2. Este abandono de la fe pasa en los últimos tiempos. Es una señal importante que confirma lo que Jesús tenía ya predicho de este triste período del fin de los tiempos (véase Mateo 24,3-25). En efecto, al principio del Cristianismo, los sacerdotes e incluso los obispos se casaban. Pablo dijo: «Un obispo debe ser irreprochable, **marido de una sola mujer...**» (Timoteo 3,2 y Tite 1,5-6).
3. Aquellos que prohíben el matrimonio son aquéllos mismos «que rechazan la fe para dedicarse a espíritus engañosos». Son estos hipócritas que caen a menudo en las diferentes trampas de las irregularidades y de la inmoralidad que se revela abiertamente por fin hoy.
4. La restauración de la vocación monástica es una consecuencia inevitable de lo que acaba de exponerse. Esta vocación pertenece al pasado aunque haya producido almas auténticamente santas que se llenaban de buena fe. Con todo, no está en la línea derecha del plan de Dios. En efecto, Jesús, cerca de su crucifixión, se dirige así al Padre delante de sus apóstoles:

«Padre... les di tu Palabra... **yo no te ruego que los retire del mundo**, pero de protegerles del Inicuo (Satanás)... como Tú me has enviado en el mundo, yo también **les he enviado en el mundo...**» (Jean 17,14-18)

Estamos enviados en el mundo, no junto **al mundo**, ni en sus suburbios. La vida «en el mundo» con fe es un reto; ¡atrevámonos a enfrentarlo! Es entre nuestros hermanos y hermanas en el mundo que, los creyentes, podemos ser de una determinada utilidad a las almas de buena fe puestas en nuestro camino por la Divina providencia. «Ustedes son la luz del mundo», dijo Jesús, «no se enciende una lámpara para ponerla bajo el celemín, pero por supuesto en la farola, donde brilla para encender todos los que están en la casa...» (Mateo 5,14-16). Los que, al contrario, se ocultan del mundo, son similares al mal criado de la parábola, un cobarde que, por temor del dueño, ocultó su único talento en vez de tener el valor de hacerlo fructificar cifrando confianza en Dios. Terminó por ser rechazado por el Patrón (Mateo 25,14-30).

El mensajero del Apocalipsis, este «Ángel **poderoso** enviado con el arco iris alrededor de la cabeza» (Apocalipsis 10,1-2), con **el poder** de invitar los creyentes a la Mesa de Jesús sin recurrir

a cualquier autoridad clérica. Dios mismo le acredita esta potencia por el «Pequeño libro Abierto», el Libro del Apocalipsis que presenta a los hombres, **Abierto**, es decir, claramente explicado por Jesús. El Arco iris, en efecto, es el símbolo de la Alianza entre Dios y los hombres (Génesis 9,12-17). Eso significa que este «Ángel» tiene por misión consagrada declarar, por parte de Dios, **una restauración** de la Nueva Alianza. Ya esta restauración empezó; había sido anunciada por Pedro; está operada por Jesús mismo ya espiritualmente de vuelta:

«Él (Dios) enviará entonces al Mesías nombrado para ustedes, Jesús, el que el Cielo debe guardar hasta el tiempo de la **restauración universal**. . . » (Hechos 3,21)

Esta «restauración» es el «nuevo Cielo y la nueva Tierra», la «nueva Jerusalén», en la cual Juan no veo nada del templo material (Apocalipsis 21,22). La razón es que el sacerdocio evolucionó hacia el interior de las familias, y que el verdadero concepto del templo no es sino los mismo fieles; todo edificio religioso material se vuelve pues caduco e inútil para los verdaderos creyentes.

(Véase nuestros textos: «[Culto y Lugar de culto](#)»; «[Jesús restaura el sacerdocio](#)»; «[La Restauración Universal](#)»).

El propósito de las distintas iglesias es reunir los fieles alrededor del Cuerpo del Cristo, «Eucaristía» como algunos lo llaman, este Pan de Vida. Ahora bien, este Alimento celestial, Dios quiere introducirlo hoy en la intimidad familiar o personal. ¡Que se hagan su santa y divina Voluntad!

Se invita a la humanidad entera a participar en este sacerdocio restaurado. Todos los que creen en el Apocalipsis revelada por Jesús el 13 de mayo de 1970 - hombres o mujeres de todas las razas, lenguas y colores sólo tienen que decir «sí» para ser sacerdotes de Jesús. Esta consagración sacerdotal se opera espontáneamente en la intimidad y entre el Cristo y la persona que responde positivamente a Su Llamada. Es pues así, simplemente, que se accede a este santo sacerdocio y que se responde a la invitación a la Comida de las Bodas de Jesús (Mateo 22,1-14). Sólo se privan los que no creen y que, deliberadamente, se niegan a responder a la llamada o que no llevan el digno «comportamiento de boda». No hay pues ya que pasar por un jerarquía religiosa cualquiera ni por un rito de imposición de las manos. La Autoridad que confiere este sacerdocio es el Cristo vivo mismo que impone sus manos bendecidas sobre sus creyentes puesto que él mismo es «que nos lava de nuestros pecados y hace de nosotros reyes y a **sacerdotes** para su Dios y Padre» (Apocalipsis 1,6 y 5, 9-10).

Para los que tienen una fe adulta, el único verdadero culto se concreta hoy en el Pan de Vida que se puede libremente tomar en sus hogares. Estos son la Restauración y la Primera Resurrección que menciona el Apocalipsis. ¡«Feliz y santo aquél que participa en la Primera Resurrección! La segunda muerte no tiene poder sobre ellos, pero serán sacerdotes de Dios y del Cristo...» (Apocalipsis 20,6). Pablo hace bien al decir:

«La realidad es **el Cuerpo del Cristo**. . . Que jamás les va a frustrar. . . » (Colosenses 2,17-18)

---

Copyright © 2026- Pierre2.net - All rights reserved.